

FEBRERO DEL 2013

AMBER SCORAH

# DEJANDO A LOS TESTIGOS

UNA PREDICADORA ENCUENTRA LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO EN LA CHINA TOTALITARIA



Los ancianos me pidieron que nos reuniéramos en el Starbucks en la calle Nanjing en el centro de Shanghái. El sol brillaba fuerte ese día; la neblina usual no estaba, a diferencia de lo usual. Cuando llegué, me saludó el hermano Steven y el hermano Richard. Ya me habían comprado un café con hielo. El hielo encima se había derretido. Revolví la bebida con el palillo.

El hermano Steven fue el primero en hablar.

“Amber, queríamos reunirnos contigo porque escuchamos que dijiste algunas cosas.” Pausó para aclarar su garganta. Los ojos del hermano Richard estaban mirando hacia el espacio. “Quisimos reunirnos contigo para animarte, y para darte la ayuda que necesitas. Por favor, no te sientas nerviosa.”

El sol brillaba muy fuerte y me pegaba directo en la cara, sentía que era una lámpara de interrogación.

“¿Sabes a cuáles conversaciones nos referimos?”

Se estaba refiriendo a algunas conversaciones que había tenido con una persona a quien le estaba enseñando la Biblia, una profesora china joven llamada Jean. Nunca he sido buena para mentir. Les dije la verdad. Que sí,

que Jean estaba confundida. Pero que yo pensaba que era lo mejor el explicarle ciertas cosas a ella.

“Sí, por supuesto,” dijo el hermano Steven. “Ahora, por favor, dinos exactamente lo que dijiste.”

Al tomar nuestros cafés, nos mirábamos como cualquier otro extranjero que uno ve por Shanghái. Pero no éramos como los demás extranjeros. Éramos testigos de Jehová. Los tres de nosotros habíamos llegado con maletas llenas de publicaciones Watchtower envueltas en papel de regalo o escondidas dentro de calcetines, para poder usarlas para convertir a personas chinas a nuestra fe. Conocíamos bastantes historias de testigos que habían sido seguidos, observados, escuchados por micrófonos escondidos, y deportados, por las autoridades chinas. Los tres éramos criminales a los ojos del gobierno de la China. Pero solo uno de nosotros era un criminal a los ojos de los ancianos de la congregación, y esta reunión en el Starbucks resultaría en un diferente tipo de deportación. Se me sacaría con extrema rapidez de la vida que había seguido por treinta años, y se me aventaría a un mundo intimidante y complicado que solo había conocido desde las afueras.

Comencé a aprender el chino mandarín en el 2003 por medio de una clase nocturna que estaba siendo ofrecida en mi congregación en Vancouver (Canadá). Había sido una devota testigo de Jehová desde que era una niña, y me hice una misionera de tiempo completo el día que me gradué de la preparatoria (12 años de instrucción básica). Era un camino muy común para una joven testigo de Jehová. El querer tomar cualquier clase de carrera se miraba mal, se pensaba que esto era materialista y una distracción de lo que realmente importaba: predicar.

Cuatro días a la semana, me ponía mi falda modesta y mis zapatos prácticos, llenaba mi portafolio con revistas y otras publicaciones de la Watchtower, y caminaba hacia el Salón del Reino cerca de mi hogar en Kitsilano. Me juntaba con un grupo de testigos y nos íbamos en un auto a nuestro territorio asignado – las colonias de personas adineradas del oeste de Vancouver.

Tocábamos muchas puertas – calle por calle, casa por casa. Algunas personas eran muy corteses, pero la gran mayoría se enojaban. De vez en cuando alguien me cerraba la puerta en mi cara... o me gritaba. Pero, la mayor parte de la gente simplemente no contestaba. La obra misionera no era la más fácil en Vancouver.

Nada de esto afectó mi celo. Se nos preparaba para recibir rechazo constante en las tres reuniones a las que asistíamos semanalmente – una de las cuales tenía como su único propósito el enseñarnos cómo sobreponernos a las objeciones y volvernos mejores predicadores. Todos mis amigos eran testigos, también. El socializarse con las personas “mundanas” (personas que no son testigos) era prohibido. Así que todos estábamos en la misma situación, y las 70 o más horas que pasábamos predicando solían generar unas buenas historias. Además, sabíamos que todas estas personas serían aniquiladas en el Armagedón. Así que no me costaba mucho despreocuparme por lo que me hicieran.

Un día, supe de una nueva idea que se estaba esparciendo con los testigos: predicarles a los inmigrantes chinos. Yo quería predicarle a gente que me escucharía, en vez de a estos ricos y arrogantes personajes de Vancouver. Los inmigrantes parecían perfectos para esto. Me apunté para recibir las clases gratuitas de mandarín que estaba ofreciendo la iglesia.

Aprender el chino fue un proceso muy duro. Me dolían los músculos en mi boca después de la primera lección. Aunque mi progreso era lento, de repente tenía más estudios de la Biblia que los que podía manejar. Eventualmente, me compré un Volvo de 1982 por un precio muy barato, y me iba por toda la ciudad para conducir mis sesiones de estudio Bíblico de una hora de duración con los inmigrantes chinos.

Después de un año de clases de chino, decidí dejar mi empleo de tiempo parcial y mudarme a la China. Dadas las experiencias positivas que estaba teniendo con inmigrantes chinos a Canadá, estaba emocionada. Al fin entendía por qué Dios no había traído el Armagedón. Hacía falta predicarle a 1.3 mil millones de personas antes del fin del mundo.

Tres veces a la semana, 110,000 congregaciones de los testigos de Jehová alrededor del mundo se reúnen para estudiar exactamente el mismo

material que es publicado por un cuerpo gobernante central basado en Brooklyn (Nueva York, EUA). El tema más común de las reuniones de los testigos es cómo sobrevivir al Armagedón, es decir, el fin del mundo. Se predica con la intención de convertir a otras personas, y de esta manera, se les salva. Se le presiona a cada testigo a que pase más tiempo predicando, dado que solamente el pueblo de Jehová es el que será salvo. Predicarles a otros, se dice, es también la manera de salvar tu propia vida.

Se les desalienta fuertemente a los testigos de ir a la universidad. Esta religión no es un buen lugar para los que piensan críticamente, y la disidencia se aplasta prontamente. Mientras que, en teoría, se alienta la investigación de las propias creencias de uno, la eventual consecuencia de cualquier cuestionamiento que llegues a hacer, o cualquier inconformidad que muestres, es ser ex-comunicado de la comunidad.

A veces escuchaba que alguien hablaba acerca de “materiales apóstatas” – cualquier literatura o video o grabación de audio que critique a los testigos, o que apunte a inconsistencias en cuanto a su punto de vista oficial en cuanto a las doctrinas, o que debate temas controversiales como las transfusiones de sangre. Me daba mucha curiosidad el saber qué decían estos materiales; sólo Dios sabe cuánto se nos advertía de ellos! Pero cualquier literatura de esa naturaleza (esta historia, por ejemplo) se calificaba como destructiva y maliciosa, y al autor se le calificaba como peor que el diablo mismo. No te atrevías a leer y satisfacer tu curiosidad.

Desde mi niñez, se me enseñó a enfocar toda nuestra energía, nuestros talentos, y nuestros recursos, en nuestra misión de predicar. Nunca llegué a pensar en seguir una carrera – iese estaba fuera de consideración. La vida ideal era encontrar trabajo de tiempo parcial, tal vez limpiando ventanas o cortando el cabello, para mantenerse mientras se predicaba. Tres veces a la semana, se reiteraban estas decisiones de estilo de vida en las reuniones de los Salones del Reino, por medio de discursos, simposios, sesiones de preguntas y respuestas, y conversaciones. Rara vez teníamos interacción social de algún tipo con gente que no fuera testigos, llamados “gente mundana”, puesto que teníamos que evitar su influencia corruptora. Vivíamos en nuestro propio mundo.

Cuando llegué a China, las cosas eran diferentes, muy diferentes. Y era necesario. La predicación era ilegal. Las reuniones religiosas estaban prohibidas. La predicación y las reuniones de las congregaciones tenían que ser hechas de forma clandestina. Esto significa que los poquitísimos testigos que había en Shanghái solo se podían ver encubiertamente, lo que hacía el verse más de una vez a la semana casi imposible. Predicar en la manera usual, estructurada, de puerta en puerta, por razones obvias, no era posible. Para mí, una testigo acostumbrada a una vida de rutina uniforme, esto me parecía una aventura sin precedentes.

Un par de semanas después que llegué a Shanghái, recibí un críptico mensaje de texto de un hombre que se hacía llamar James (algunos de nosotros ocupábamos nombres falsos, sabíamos que el gobierno chino monitoreaba la correspondencia electrónica). El me propuso reunirnos en un restaurant local muy ruidoso en la Concesión Francesa. Lo llamé cuando llegué al restaurant y él me señaló con el brazo y así supe quién era. Hablamos de cualquier tema por unos minutos, y luego él comenzó de inmediato a hablar de lo que íbamos a hablar. De una manera que sonaba que lo había practicado, me explicó las instrucciones de la oficina de la sucursal de los testigos de Jehová en cuanto a cómo iba a llevar a cabo mi obra misional. Tenía que encontrar un trabajo, tal vez enseñando inglés, como una excusa. Luego debía de comenzar a cultivar amistades con gente mundana, tanto chinos como extranjeros. Se iban a hacer estas amistades con el único propósito de convertirlas eventualmente.

Esto, me sonaba una locura. Se me había enseñado cada día de mi vida que debía alejarme de estas personas, y lo había hecho. Yo era la que hacía excusas para no almorzar con mis colegas. Nunca besé al chico que decía que me amaba en la preparatoria. Nunca me apunté para deportes extracurriculares, nunca fui a fiestas de cumpleaños, ni siquiera a mi graduación fui, todo por el miedo a contaminarme. Pero ahora eran mis instrucciones, y no había otra opción.

La primera vez que intenté hacer una amiga mundana fue en una librería en la Calle Fuzhou, unas dos cuadras al sur de la Plaza del Pueblo. Miré a todo lado para checar las cámaras de seguridad. Aunque la tienda estaba llena de gente, yo sobresalía; era una chica alta, blanca, en medio de las masas uniformes de la misma estatura de compradores sabatinos.

Me entró la paranoia. Me fui a la sección de libros en inglés, pensando que así generaría mucho menos sospecha. Abrí un libro que te enseñaba cómo enseñar inglés, y de vez en cuando seguía mirando a mi alrededor. Estaba muy nerviosa. Estaba acostumbrada a tocar timbres y dar sermones. Además, mi chino todavía no era tan bueno. No sabía cómo me iría en una conversación.

Una muchacha de veintitantos con lentes de montura metálica se puso a leer libros cerca de mí. Vestía un sweater de mohair apretado y pantalones de lana con cuadritos. Su sencillez cotidiana me hizo sentir suficientemente cómoda con ella para empezarle a hablar.

“*Ni hao,*” (hola), le dije, algo apenada.

Ella de repente sonrió y me dijo “¡Hablas chino!”

“*Bu tai hao.*” (Eso quiere decir “Más o menos.”)

“*Waaa, tai hao le!*” (“¡Wow, no lo puedo creer!”)

Y así fue como conocí a Jean.

Jean me invitó a cenar el día siguiente. Había escrito instrucciones detalladas para que pudiera llegar a su apartamento usando el metro. Toma la línea 3 a la estación de Caoxi. Cuando veas el IKEA (una tienda de muebles), sabes que te acercas, vete a la derecha.

Subí las escaleras para llegar a su apartamento y pasé por los otros residentes que estaban cocinando sus cenas en las cocinas compartidas al final de cada pasillo al aire libre. Llegué a la puerta de Jean y la toqué para que me abrieran.

“*Ni hao,*” dijo Jean, y muy emocionadamente, me abrió la puerta de parrilla de metal.

Había dos camas que formaban una *L* en la habitación. Su compañera de cuarto estaba parada formalmente junto a la que tenía un cobertor rosa rizado. Entre las camas estaba una mesa en la que ya estaba servida la comida. Había cuatro platos: vegetales salteados, soja con pimientos, carne con una salsa, tofu frito, y arroz en la arrocera.

“*Huanying. Qing jin!*” (“¡Bienvenida, pasa!”) me dijo la compañera de cuarto de Jean, sonriendo, sus ojitos arrugándose en las esquinas.

Jean lavó unos palillos y tazones en el lavabo a la par del baño y los trajo aún mojados a la mesa.

“Espero que te guste. Me preocupa que no sea muy delicioso.”

Jean abrió la tapa de su arrocera y nos puso arroz en cada uno de los tazones.

“*Chi fan!*” (“¡A comer!”)

Apuntó a los platos, luego tomó sus palillos y me puso un pedazo de carne en mi arroz, y luego algunos vegetales. Me animó a que comiera. Quería esperarla, pero ella insistió. Su compañera de cuarto me miró mientras mordía el primer pedazo.

“*Hao chi!*” (¡Sabe bien!) dije, entusiásticamente. Lo que me faltaba de vocabulario, intentaba reemplazar con mi tono de voz.

Jean aplaudió un poquito y luego se rio, luego insistió, moviendo la cabeza como diciendo no... “*Bu hao chi!*” (“¡Sabe terrible!”)

“¡No! Es delicioso,” le insistí. Realmente podía cocinar muy bien.

No sé cómo hablamos con lo poco que sabíamos de chino e inglés, respectivamente, mientras comíamos. El inglés de Jean era muy bueno, mucho mejor que mi chino, su compañera de cuarto la envidiaba. Estudiaba todo el tiempo, y había sido la única niña en su pueblito en el norte de Jiangsu que podía hablar inglés. Su primo mayor le traía libros cuando regresaba de sus viajes de negocios a Tianjin. Hacía dos años, Jean se había mudado a Shanghái para trabajar. Había encontrado un trabajo como recepcionista en una empresa de bienes raíces, pero su verdadero sueño era convertirse en maestra de chino. Cada mes, enviaba parte de su salario a sus padres. A pesar de la política china que solo permite que las parejas tengan un hijo, sus padres habían logrado tener 6 hijos (5 niñas y un niño). Para lograrlo, tuvieron que evitar las autoridades. A una de las niñas la adoptaron, el resto de la familia tuvo que mudarse a menudo para

evitar multas o esterilización. Pararon de tener hijos cuando tuvieron a un varón.

Jean explicó que le gustaba su trabajo porque el jefe venía de Inglaterra, y a veces era lo suficientemente valiente como para practicar su inglés con él. Nos contaba con mucho placer historias de sus conversaciones sencillas de la cena o de los cortes de Cabello. Ganaba 1,800 renminbi al mes, el equivalente a USD\$280.

El hermano James me había recomendado que antes de siquiera mencionar la Biblia con nuestros nuevos amigos, que averiguáramos si esa persona o si su familia estaba afiliada al Partido Comunista. Cualquiera que fuera un miembro del partido era un peligro, y se debía de cortar el contacto de inmediato, puesto que un miembro del partido podría entregar a un testigo a las autoridades por lealtad al régimen. Por otro lado, también dijo que había algunos que se hacían miembros del partido solo para calificar para ciertos empleos, lo que significaba que eran comunistas solo en nombre, y no eran tan peligrosos. Intenté tratar de hacer que la conversación girara alrededor de la familia de Jean.

“Así que... ¿En qué trabaja tu papa en Jiangsu?”

“Es un granjero.”

Esto parecía seguro. ¿O no? ¿Que no eran los granjeros comunistas? Después de todo, ¿No tenían que dar un porcentaje de sus cosechas al estado? Intenté pensar en las películas chinas que había visto, las cuales eran mi única referencia.

“¿Y tu mamá?”

“Ella cuida de los niños y de mi abuela, más que nada. A veces ayuda con la granja o hace artesanías para venderlas.” Ah, sí... se me había olvidado. Tenían 6 hijos. Seguramente no podían ser tan comunistas.

“¿Y tus hermanos y hermanas, algunos de ellos trabajan?”

“Mi hermana menor está en la escuela, mi hermana mayor tiene un bebé. Mi hermano está en el ejército.”



El ejército. Genial. ¿Por qué no había mencionado James nada acerca del ejército? Esto sonaba mal. Si estabas en el ejército, seguramente eres comunista.

“Pero les ha estado escribiendo a mis padres desde el campamento, diciéndoles que quiere ser un cantante de música pop. Ellos están muy molestos. Pero me lo pedía todo el tiempo, así que ahorré dinero y le envié una guitarra para su cumpleaños. Mira esta foto, aquí está tocando la guitarra.” Abrió su celular. Su postura de un adolescente flojo me reaseguraba un poco acerca de su nivel de devoción al presidente.

Terminamos de comer, y Jean no dejó que le ayudara a limpiar los platos. “Siéntate, siéntate”, me seguía diciendo, hasta me puso un brazo en el hombro para que no me levantara. Cuando terminó de poner los platos uno sobre el otro en el lavabo, nos dijo que había una sorpresa. ¡Postre y café!... me dijo, sus ojos brillando. Ambos me parecían un raro manjar después de mi tiempo en la China.

“... ¡En IKEA!” ... sus ojos seguían brillando. (IKEA es una tienda de muebles que tiene un área de restaurant). “¿Sabías que puedes seguir tomando todo el café que quieras, ¿i¿i¿y gratis!?!?” Para nosotros los chinos, no entendemos esto, pensamos que ellos están muy locos.”

Nos ponemos nuestras chaquetas y bajamos los cinco pisos. Se estaba poniendo algo helado, ya era octubre. Al acercamos al monolito azul y amarillo, no compartía la emoción de mi nueva amiga. Pero, después de un tiempo, a medida que mis meses en Shanghái se tornaron años, comencé a sentir un similar asombro al café sin fin.

La cafetería ofrecía algunos platos de comida china, pero en otras maneras era idéntica a cualquier otro IKEA, barato y muy bien iluminado. Podría haber sentido que estaba en Vancouver, si no fuera por las muchísimas personas que caóticamente se metían a la cola, y las personas que estaban allí casi permanentemente con arroz que trajeron de casa. Muchos de los que estaban allí vivían en la colonia extremadamente pobre detrás del gigante edificio amarillo. Las personas locales lo aprovechaban todo, disfrutando del aire acondicionado gratis, y hacían de IKEA la sala que nunca tuvieron.

Yo pedí un cheesecake con frambuesa, Jean pidió algo con chocolate. Yo pagué, a pesar de sus protestas violentas, y pasamos a la estación del café con nuestras tazas. Las personas estaban agarrando toda la crema en polvo y paquetes de azúcar que podían. Una señora mayor me regañó porque no estaba agarrando todo lo que podía, como los demás. “Es gratis,” me decía.

Encontramos una pequeña mesa sin personas, cerca de la ventana. Las personas nos rodeaban, todos haciendo lo suyo en mesas repletas de platos y charolas vacías. Señoras mayores cuidaban de sus nietos. Algunos niños iban hacia las habitaciones de muestra para jugar en las habitaciones falsas de niños. Jean y yo hablamos por largo tiempo. Rellenamos nuestros cafés dos veces. Nos pusimos de acuerdo para un paseo en bicicletas el fin de semana. Jean quería mostrarme un restaurante Hunan.

Y así, de esta manera – lentamente, inadvertidamente – comencé a infiltrar este nuevo mundo.

Comencé a tomar clases de mandarín cada día con extranjeros de todo el mundo. Ninguno de ellos sabía mi afiliación religiosa. Mi maestra estaba muy emocionada por mi progreso; tanto así, que a menudo me comparaba, enfrente de todos, en su manera algo insensiva de la cultura china, con los otros estudiantes: “Tú hablarás fluyente en chino en dos años.” Luego le hablaba al estudiante a la par mía: “Tú no.”, y luego se mostraba decepcionada. Después de las clases, salía con mis compañeros de clases. Todos tenían diferentes motivos para aprender chino. Algunos habían venido a China para andar de fiesta en fiesta, algunos estaban aquí para conocer a chicas chinas y acostarse con ellas, algunos para hacer dinero. Yo hacía excusas muy ambiguas de por qué estaba aprendiendo chino. El hermano James, que era muy paranoico, me lo había metido en mi cabeza: “No reveles nada.” Y yo, entrenada para ser obediente, me apegué a mi historia de que era una profesora de inglés con un inexplicable interés en las personas chinas.

Cuando salía con esta gente mundana, me costaba quitarme el sentimiento de que algo estaba haciendo mal. Decían palabrotas, fumaban, algunos de ellos tomaban bastante. A menudo hacían referencias a cosas que no entendía. No entendía sus insinuaciones, y no había leído los mismos libros que ellos, ni había visto las mismas películas. Pero yo aprendía

rápida. Tenía que seguirles la corriente; no quería que me descubrieran, y, además, era muy interesante aprender acerca de sus vidas. Estaba siguiendo al pie de la letra las instrucciones que se me habían dado, y podía hacer todo esto sin sentirme culpable.

Aparte de mis nuevas amistades en la escuela, apartaba un tiempo a diario para buscar gente china con quien pudiera hablar. Me sentaba en restaurantes, pasaba el tiempo en el parque Huaihai, leía libros en plazas públicas, o me subía en el metro o en buses, ofreciéndole amistad rápida a cualquiera que fuera lo suficientemente paciente o que tuviera suficientes ganas de hablar para aguantarme mi pésimo nivel de chino. Le oraba a Dios por ayuda, pero era fácil encontrar gente que estuviera interesada en un extranjero, particularmente uno que hablara un poco de chino.

Jean se convirtió en mi primer estudio de la Biblia. Le mencioné del tema después de andar en la bicicleta el fin de semana. El día se había convertido en una misión de coleccionar datos, y para el tiempo en que nos sentamos para comer carne guisada y cabeza de pescado al vapor, tenía varias maneras en las que iba a tocar el tema, de mi archivo mental que tenía de maneras de comenzar una conversación de los testigos de Jehová.

“Jean, sabes, cuando me mencionaste que tu abuela se murió, me recordó de cómo me sentí cuando se murió mi papá. Te entiendo completamente.”

Jean contestó algo, pero yo ya estaba planeando mi siguiente oración.

“Sé que esto te puede sonar raro, pero, ¿sabías que hay una manera en la que un día la puedes ver de nuevo?”

Jean, tan linda ella, levantó sus cejas. “¿De veras?”

“Sí. Cuando me siento triste acerca de mi papa, me gusta leer lo que la Biblia dice de la muerte. ¿Alguna vez has leído la Biblia?”

“No, ¡Pero me interesa! Realmente me encanta la navidad. La primera amiga extranjera que tuve fue una señora cristiana, y fue muy buena conmigo. ¡Incluso fue a visitar a mi familia! Pero se tuvo que ir de la China, así que nunca la vi de nuevo.”

“Oh, wow, eso es increíble, no sabía que teníamos esto en común. La próxima vez, si quieres, te puedo traer un libro y una Biblia para ti. Creo que lo encontrarás muy reconfortante.”

Jean estuvo de acuerdo de inmediato. Me sentí aliviada de que había hecho lo que tenía que hacer, y orgullosa de que al fin tenía mi primer estudiante de la Biblia en China. Quisiera haber podido enviar un correo electrónico a casa, pero se nos prohibía hablar de nuestra obra aquí. Me di cuenta que estaba metiendo a Jean en algo que era potencialmente criminal y que significaba, si todo salía bien, que ella se convertiría en una enemiga del estado clandestina, que tendría que limitar los lazos con su familia, dejar de hablarse con sus amigos, y posiblemente nunca casarse ni tener hijos – los testigos no pueden casarse con alguien que no sea de su fe, y había muy pocos testigos en China. Pero sentía que todo esto era un pequeño precio que pagar para que Jean tuviera la verdad. Si la pudiera convertir, ella podría sobrevivir el Armagedón.

Todavía tenía que tener cuidado. No tenía que decirle dónde vivía. Al principio tuvimos nuestras sesiones de estudio en parques públicos, hasta que un día muy húmedo noté que había dos hombres en trajes de poliéster vigorosamente tomándonos fotos. Nos separamos, y yo tomé el metro en la dirección opuesta a mi casa, simplemente para estar segura. Después de eso, llevé a Jean a varios cafés extranjeros, pero nunca el mismo dos semanas seguidas. Yo le pegaba papel de regalo a las carátulas de nuestras publicaciones Watchtower para que la gente no pudiera ver lo que eran.

Jean amaba la cultura occidental. Cuando ella estaba en Jiangsu, comenzó a aprender inglés por su intenso deseo de conocer acerca del mundo exterior. Yo era la manera perfecta de hacer eso, y para mí, ella era perfecta para lo que quería. Estudiábamos parcialmente en inglés y parcialmente en chino, para los que pasaban, parecía como una sesión de enseñar idiomas. Jean estaba de acuerdo con todo lo que le decía. Aprendió las palabras en inglés *God (Dios)*, *Jesus (Jesús)*, *Armageddon (Armagedón)*. Le comenzaron a encantar los capuchinos.

Pronto estaba muy ocupada yendo en mi bicicleta por todo Shanghái, con los libros en mi mochila, cruzando toda la ciudad para conducir sesiones de estudio con mis estudiantes de la Biblia chinos. A medida que mejoraba mi

chino, comencé a notar que los chinos de China reaccionaban muy diferente a mi mensaje que los chinos que inmigraban a Canadá, en Vancouver. Las cosas que les estaba enseñando de la Biblia eran simplemente incomprensibles para ellos. ¿Creación? ¿Dios? ¿Vida eterna? ¿¿¿No ir a la universidad?!?!?! ¿¿¿No tratar de hacer mucho dinero?!?!?! A veces se reían un poco, particularmente cuando les mencionaba la última idea. Pero ninguno de ellos paró de estudiar conmigo. Me comenzaron a invitar a cenas en restaurantes gigantes con sus familias, poniendo en mi plato los mejores cortes de carne.

Semana tras semana, me reunía con Jean. Nos convertimos en muy buenas amigas; ella me comenzó a enseñar chino, y yo le ayudé a conseguir un empleo enseñando en una de las escuelas de idiomas manejadas por extranjeros. Era una profesora con talento. Muchas veces pensé, “Hará una excelente predicadora cuando esté lista.”

A medida que llegué a conocer a Jean mejor, y ella se sentía cómoda conmigo, lo suficiente como para ser gentilmente honesta, entendí algo. Mientras estábamos compartiendo nuestra primera cena de comida Hunan, Jean estaba feliz de ser mi amiga le dijera lo que le dijera. Resurrección o no. Esto mismo era cierto del resto de mis estudiantes de la Biblia chinos. La mayoría de las personas que vivían en la China continental no podían entender nuestros conceptos occidentales, como la resurrección, la creación, el paraíso. En Vancouver, ahora entendía, había sido simplemente una instructora de inglés, llegando en un viejo Volvo y ofreciéndoles práctica de inglés gratis a inmigrantes confusos pero agradecidos. Ahora que podía entender las palabras, en China, era como que me dijeron todo sin pelos en la lengua. Estas 1.3 mil millones de personas que estaba tratando de salvar miraban la vida de totalmente diferente manera. Los conceptos que estaba intentando que entendieran eran abstracciones muy extrañas, un punto de vista que aguantaban para poder tener un amigo occidental.

Eventualmente, en nuestras sesiones de estudio, mis estudiantes y yo llegábamos a la sección en el libro que hablaba de Armagedón - con su ilustración que cubría las dos páginas - de fuego cayendo del cielo y personas muriendo, cayendo a la tierra que se abría. Cuando comencé a explicarles estas cosas, en un diferente idioma, en un diferente lugar, por

primera vez en mi vida comencé a escucharme, a fijarme en lo que estaba diciendo. Básicamente, estaba diciendo, "Porque naciste aquí, y yo nací en mi mundo, Dios va a matarte, y a tu familia y amigos y conocidos, pero no a mí. Porque tú fuiste enseñada diferente, en una diferente cultura, y por eso tienes una diferente explicación para la vida, para la espiritualidad, para la bondad, para el significado de la vida, tú morirás, y yo viviré. Esto es porque a mí se me enseñó desde que tenía cinco, semana tras semana, que esto era lo correcto, lo que tenía sentido. Y a ti no se te enseñó." (Y luego abría el libro a la ilustración de dos páginas del Armagedón.)

Comencé a sentirme apenada.

En uno de los países más restrictivos y totalitarios del mundo, por primera vez en mi vida, tenía la libertad de pensar. No estaba corriendo de mi trabajo a tiempo parcial a reuniones para salir a predicar, a estudios Bíblicos, a reuniones de congregación, a asambleas, y a actividades sociales de la congregación. Ya no estaba pasando mis días tocando Puertas. Ya no estaba sentada en la audiencia tres veces a la semana en un Salón del Reino, levantando mi mano y repitiendo como loro las respuestas de las publicaciones Watchtower. Ya no estaba pasando el poco tiempo libre que tenía saliendo de la reunión para estudiar las respuestas que diría en la siguiente.

Pasó un año. Ya no podía leer las publicaciones Watchtower sin arrugar mis cejas, o buscando hoyos en la internet con firewall de China para poder leer otros puntos de vista. Lo encontraba cada vez más y más difícil creer que esta religión era la única religión verdadera, el único camino a la felicidad. Sabía que iba a morir en Armagedón por tener estos pensamientos, y antes de eso, se me expulsaría de la iglesia y mis amigos y familiares me rechazarían. Los pecadores se enfrentaban a la expulsión: sexo premarital, adulterio, homosexualidad, borrachera, fumar... la lista de pecados sigue y sigue. Sabía las consecuencias, puesto que hacía años, se me expulsó por haber tenido relaciones con mi novio testigo, después que confesamos los detalles de nuestros encuentros sexuales a un grupo de tres hombres mayores. Nadie nos forzó a que confesáramos: sabíamos que el vivir en el pecado o llevar una doble vida llevaría a la destrucción en el Armagedón, dado que Dios lo veía todo. Sin embargo, los tres ancianos que se reunieron

para escuchar mi caso no lo habían visto todo. Por ende, tenía que, aparentemente, recordarme de cada detalle del momento en el que perdí mi virginidad.

“¿Cuántas veces lo hicieron?”

“¿Qué fue lo que los llevó a hacerlo?”

“¿Se dieron caricias apasionadas?”

“¿Cuánto tiempo te tomó para que estuvieras de acuerdo en hacerlo?”

“¿Eyaculó él?”

“¿Usaron control de natalidad?”

“¿Quién compró el control de natalidad?”

“¿Hubo algún... em... contacto oral?”

Tanto yo como mi novio salimos expulsados. Si queríamos asistir a las reuniones, lo cual era un requerimiento para ser restaurados, teníamos que sentarnos en la fila de atrás, e irnos inmediatamente después del programa. No se permitía que nadie nos hablara.

Mi padre murió ese año. Fui a su funeral en el Salón del Reino. Me senté en la parte de atrás. Nadie me habló.

El día en que me confrontaron los ancianos en el Starbucks, vacilé entre querer volver al ungüento tranquilizante de saber que estás correcta cuando todos están equivocados, o la emoción interna que sentía que posiblemente ya no tenía que ser esta persona.

Los hermanos Richard y Steven esperaron pacientemente mi respuesta.

“No había visto a Jean recientemente, y sabía que estaría confundida de por qué había parado de estudiar con ella. Le dije que había investigado algunas cosas y que me di cuenta que estaba equivocada en algunas cosas.”

Los ancianos agarraron sus lapiceros y comenzaron a tomar notas.

“Le dije que se cuestionara lo que le había enseñado. Que yo pensaba que era la verdad, y nunca había sido mi intención engañarla, pero que había cosas que no eran como yo pensaba que eran.”

El hermano Steven me miró cuando pare de hablar y me dijo, “Gracias por ser tan honesta.”

“Y finalmente, le dije que la quería mucho y que quería continuar siendo su amiga, si ella quería.”

Paré de hablar. No les dije de los libros que criticaban a los testigos que había leído, uno de ellos escrito por un miembro del Cuerpo Gobernante que había sido expulsado por su escrutinio fervoroso. No les dije de las noticias que había visto que detallaban los incidentes de abuso sexual de niños que la Watchtower estaba encubriendo, ni de las personas que murieron rechazando una transfusión de sangre por una interpretación turbia de una ley ancestral. No les dije del hermano en mi congregación en Vancouver, que fue expulsado por ser homosexual, que se suicidó colgándose de un árbol en los bosques de la Universidad de Columbia Británica. No les dije que podía ponerle una marca a casi toda cajita en una lista de “características de una secta”. No les dije del hecho que éramos elitistas, y que habíamos dividido el mundo en “nosotros” y “ellos”. Y no les dije que sentía que éramos como vendedores, vendiendo la ilusión de amor, engañándonos.

El silencio entre nosotros ensordecía. Podía ver en sus ojos que sabían a lo que me refería. Por lo menos, Steven sabía. Pero tenían sus razones para seguir en la religión, y yo había cometido el peor y más imperdonable pecado de todos, el pecado que ni Dios perdona. No se podía volver de la apostasía.

Me pidieron un momento para hablar entre ellos. Fui al baño. Me lavé las manos. Todo lo que era importante para mí, estaba a punto de perderlo: mis amigos, mi familia, mis memorias, mi propósito, el significado de mi vida, mi futuro. Y yo lo quería así.

Cuando salí caminando de esa reunión, en la que se me dieron nuevas instrucciones – quedarme callada y alejarme – se me vino a la mente una



línea de uno de los libros apóstatas que había leído. Era una cita de John F. Kennedy:

El gran enemigo de la verdad no es muy a menudo la mentira — deliberada, fabricada, deshonesta— sino el mito —persistente, persuasivo e irrealista. La creencia en los mitos permite la comodidad de la opinión sin la incomodidad del pensamiento.

Soy muy mundana hoy. Vivo en la ciudad de Nueva York. Tengo una carrera. Tengo sexo con mi novio. Tengo nuevos amigos, y voy a la universidad de noche. A veces, después de un largo día, salgo a correr en el Battery Park, y es difícil ignorar el anuncio rojo de la Watchtower que parpadea desde la sede en Brooklyn, cruzando el río. O, en las mañanas, cuando salgo del metro en Grand Central, veo a las hermanas, que parecen zombis por su paz interior, cada una de ellas sosteniendo una revista con una ilustración del paraíso en la carátula. Me acuerdo lo lindo que se sentía creer en ese mito. Pero al menos ahora tengo mis propios pensamientos para incomodarme.

Amber Scorah es de Vancouver, Canadá. Pasó 6 años en Taipéi y Shanghái. Fue quien creó y la anfitriona del podcast seminal popular llamado *Dear Amber: The Insider's Guide to Everything China*, (Querida Amber: La Guía de Un Experto a Todo lo Que Sea de China), acerca de la vida como un extranjero en la China continental. Amber ahora vive en la Ciudad de Nueva York y habla chino mandarín fluido.